

---

# Historiografía de un territorio perdido

## Cuauhtémoc Velasco

Por el tratado de Guadalupe-Hidalgo firmado en 1848, México perdió la mitad de su territorio, mismo que por este solo hecho pasó de ser el misterioso septentrión mexicano al legendario *southwest* norteamericano. A diferencia de lo que había sucedido con las poco pobladas provincias internas novohispanas, la misma área, ahora reconocida como una parte de ese amplio oeste que invitaba a la conquista, fue rápidamente ocupada e incorporada al modo, la política y la cultura de su país adoptivo. Al poco tiempo la experiencia de angloamericanos en Texas, Nuevo México y California, comenzó a considerarse parte del característico fenómeno estadounidense de expansión hacia el poniente, lo que se tradujo en la aparición de una historiografía que acogía aquellos territorios y los consideraba propios, como si siempre lo hubiesen sido.

Así, México no sólo perdió un terreno inmenso, sino que casi quedó expropiado del derecho y la posibilidad de pensar como suyo el pasado de esa zona al norte del Bravo y de Ciudad Juárez, Nogales, Mexicali y Tijuana. Ello fue resultado, por un lado, del avasallante crecimiento cultural y educativo americano que acompañó al desarrollo económico, y por otro de que la taimada construcción de una historiografía mexicana puso durante mucho tiempo el acento en los acontecimientos dentro del actual territorio nacional y, para colmo, con una orientación centralista.

En Estados Unidos la conquista del “lejano oeste” vino acompañada de una abundante literatura de aventuras y un registro de sucesos notables locales, que con el tiempo fueron acumulando datos y haciendo factible la profesionalización de una disciplina del pasado en el nivel regional. Hacia finales de siglo la expansión hacia el oeste estaba prácticamente agotada, pero fue justo entonces cuando surgió una reivindicación de la historia de la cambiante frontera, aduciendo que se trataba de la piedra de toque de la formación del espíritu nacional estadounidense. Desde que Frederick J. Turner postuló esa tesis en 1893, el avance fronterizo mismo se convirtió en uno de los temas privilegiados de la historiografía, pues en teoría explicaba la formación de un carácter individualista, igualitario y democrático que había irradiado desde los pioneros y rancheros en lucha contra el medio y los indios bravos hasta las ciudades industriales del este, influyendo así en la sociedad entera.

La importancia de aquella interpretación y sus amplias consecuencias no deben medirse tanto por su pertinencia, pues no resultó sencillo demostrar el modo en que habían surgido aquellos sentimientos, ni cómo se habían transmitido en dirección contraria al ímpetu

*La historiografía regional en general, y particularmente la de los estados del norte, no ha alcanzado un nivel correspondiente a la importancia política y económica que han llegado a tener sus sociedades y espacios geográficos.*



expansivo. La trascendencia de la llamada “hipótesis de la frontera” es que obligó a pensar la historia estadounidense en conjunto, pues todas las regiones en algún momento habían tenido su periodo fronterizo y guardaban ciertas características que las definían como tales. Además, la aceptación general de la idea en el ámbito cultural y político dio un impulso sin precedentes a la investigación histórica acerca del avance sobre nuevos territorios y del poblamiento blanco hacia el oeste. Con todas las críticas fundadas que se han hecho de los planteamientos de Turner o de sus limitaciones, sigue siendo cierto que el proceso de expansión hacia el oeste es un elemento fundamental para entender el desarrollo político y económico de Estados Unidos desde las primeras colonias británicas y hasta el siglo XIX.

No poca influencia tuvieron otros factores en la promoción de la historiografía de frontera. El surgimiento del mito del oeste, desde las primeras novelas y panfletos de aventuras de pioneros y vaqueros a mediados del siglo XIX, hasta el género *western* en el cine de nuestro siglo, garantizaron un mercado de venta para investigaciones más formales relativas al tema. Además, el crecimiento de ciudades y regiones económicamente influyentes en lugares lejanos del centro administrativo provocaron la creación de universidades en distintos puntos del país, que posibilitaron la formación de profesionales dedicados a la historia local. Así, tenemos que la historia de la frontera era pertinente, había quién la hiciera y se vendía.

Por todas esas razones el estudio del pasado de Texas, Nuevo México, Arizona y California cayó en manos de los historiadores estadounidenses, aun cuando muy buena parte de él esté relacionado con su dependencia del virreinato novohispano o con las primeras décadas del México independiente.

Visto en conjunto, hasta ahora el medio cultural e intelectual mexicano no ha tenido la fuerza para contrarrestar esa ofensiva. Siguiendo un modelo económico y político colonial, del cual no nos acabamos de desembarazar, la historiografía mexicana ha permanecido atada hasta hace poco tiempo a una visión demasiado centralista. El peso de la reconstrucción histórica ha estado desde el siglo pasado en los acontecimientos nacionales, entendidos como aquellos que, ocurridos en el centro administrativo y político de la ciudad de México, tienen influencia en las diferentes regiones, o los que acaecidos en cualquier parte del territorio alcanzan relevancia nacional pues influyeron en lo que sucedía en el centro. Es un esquema que reproduce la organización espacial colonial y decimonónica en que las regiones se orientaban política y económicamente hacia el corazón del país y de él emanaban y se esperaban disposiciones y satisfactores de las necesidades locales. No hay cosa más ilustrativa al respecto que ver el modo como la historiografía política regional organiza y escoge los acontecimientos locales en función de las etapas reconocidas para la historia del gobierno con asiento en la ciudad de México.

La historiografía regional en general, y particularmente la de los estados del norte, no ha alcanzado un nivel correspondiente a la importancia política y económica que han llegado a tener sus sociedades y espacios geográficos. Comparativamente a lo sucedido del otro lado de la línea divisoria, la investigación histórica en México que

se ha ocupado de las fronteras es todavía muy pobre. Esto es resultado tanto de los recursos que en uno y otro país se han dedicado al estudio y divulgación del pasado, como del enfoque y de los problemas que han considerado prioritarios: en Estados Unidos la frontera explica a la nación y en México tan sólo la amenaza. Así como para los estadounidenses la migración hacia la frontera hasta al siglo pasado tenía un sentido de progreso y de adquisición de un patrimonio, para los mexicanos no hubo incentivos hasta que el crecimiento agrícola e industrial estadounidense demandó gran cantidad de mano de obra barata. Antes, había sentado sus reales la idea de que aquel gigantesco espacio de las provincias internas coloniales era inhóspito e incontrolable. Aun los misioneros más devotos habían fracasado al intentar civilizar a las tribus cazadoras-recolectoras, mismas que habían obligado al gobierno colonial a gastar sumas inmensas en el mantenimiento de una línea de presidios. El país que nació en 1821, en medio de las grandes tribulaciones de las primeras décadas, no tuvo tiempo de formar o poner en práctica un plan efectivo para defender su frontera norte. A la amenaza tradicional de los indios insurrectos se agregó la más terrible de los angloamericanos que se iban posesionando de terrenos en Texas y desarrollaban un penetrante comercio hasta la costa del Pacífico. La amenaza se consumó en la rebelión de los colonos en Texas y posteriormente en la firma del tratado de Guadalupe-Hidalgo. Volviendo a la comparación, bien puede decirse que a lo largo del siglo XIX los norteamericanos aprendieron que los territorios bajo control de la nación podían ampliarse a medida de las necesidades del desarrollo productivo y comercial, en tanto que nuestros compatriotas entendieron que el territorio estaba en peligro mientras no se ofreciera un verdadero frente a las ambiciones norteamericanas, para lo que era indispensable consolidar la nación.

Así, aunque la historiografía mexicana se ocupó desde el siglo pasado de la guerra de Texas y la de 1847-1848, lo hizo con el sentido de destacar la felonía de los colonos anglosajones que habían sido recibidos de buena fe en territorio mexicano y la de un gobierno estadounidense que mediante las armas nos arrancó la mitad del territorio. Como muchos pensadores han dicho, las relaciones de México con Estados Unidos han sido un tema privilegiado para la formación de la nación como imaginario colectivo en dos vertientes: la nación del norte constituye la amenaza más grande a la integridad del estado mexicano, pero al mismo tiempo es un modelo de desarrollo que quisiéramos emular, tanto en lo económico como en lo social y cultural. Ello ha tenido grandes consecuencias sobre la historiografía y sobre la divulgación del conocimiento histórico. Sin embargo, tanto en la preocupación política de fondo como en la historiografía a que ha dado lugar no se han ocupado ni principal ni secundariamente de la región fronteriza, donde los contactos entre ambas naciones tienen lugar. En el enfoque más tradicional, mucho se ha escrito acerca de la relación entre los dos países, pero entendida como trato entre gobiernos.

Así las cosas, el modelo centralizado mexicano ha producido una curiosa paradoja que hemos sufrido hasta hace poco tiempo: por un lado, la historiografía producida en el centro del país no se ha inte-

*Las relaciones de México con Estados Unidos han sido un tema privilegiado para la formación de la nación como imaginario colectivo en dos vertientes: la nación del norte constituye la amenaza más grande a la integridad del estado mexicano, pero al mismo tiempo es un modelo de desarrollo que quisiéramos emular, tanto en lo económico como en lo social y cultural.*



*La historia del actual sudoeste estadounidense estuvo emparentada durante tres siglos con la de los espacios norteños mexicanos. Bien entendida, la historia regional mexicana no puede dejar de considerar el peso económico y social de aquel México perdido, para comprender la propia dinámica regional en tiempos coloniales y de la primera mitad del siglo.*

resado particularmente en la frontera norte como fenómeno social e histórico y, en todo caso, sólo ha puesto énfasis en el rechazo a las ambiciones norteamericanas; mientras que, por el otro, las instituciones y gobiernos de la región fronteriza no se han ocupado preferentemente de respaldar la formación de la historia regional, un poco por la influencia de esa idea pragmática de que lo importante no es apoyar el desarrollo de una cultura propia (y por ende el conocimiento del pasado local), pues es más fácil imitar a los “gringos” en todo. “Abrir la boca y cerrar los ojos”, parecería ser el mote de esa paradoja.

Habría que hacer toda una evaluación historiográfica para apreciar la manera en que se ha modificado esta tendencia en las últimas décadas.<sup>1</sup> A grandes rasgos se ha pasado de los esfuerzos casi heroicos de investigadores aislados en los años setenta a planes más institucionalizados en los ochenta, incluyendo especialmente la labor de recuperación y ordenamiento de archivos y, en los noventa, proyectando un esfuerzo más integral y compartido con otros desarrollos regionales. Desde luego, ello ha reducido significativamente las carencias de la historiografía del norte mexicano y en este resultado ha sido muy importante la creciente relación con instituciones e historiadores del otro lado de la frontera.

Si ha sido difícil comenzar a recuperar la historia de los estados fronterizos, los esfuerzos para trascender hacia el otro lado de la línea divisoria han sido aún más débiles. Se les ha entendido como parte de un proyecto que busca tomar en cuenta la historia norteamericana para entender su incidencia sobre México y por ello tienden a ubicarse en el terreno de lo político o militar, más que en un esfuerzo conjunto de recuperar las influencias regionales. Esta loable idea de rescatar la historia norteamericana desde un punto de vista mexicano no ha llegado a consolidarse en las instituciones mexicanas, puesto que siempre resulta un poco absurdo aplicar los limitados recursos nacionales al desarrollo de un conocimiento del que se han ocupado los norteamericanos hasta la saciedad y con fondos abundantes. Tan sólo formar un fondo bibliográfico respetable al respecto y rescatar las revistas donde han publicado los historiadores norteamericanos sería un proyecto nada despreciable y ciertamente costoso.

Pero quizá valiera la pena repensar esa idea sobre la base de reducir nuestra ambición a esa parte de la historia norteamericana que nos es más útil y pertinente indagar. En este rango de pertinencia tendría prioridad sin duda la consideración del pasado colonial y decimonónico de aquellos territorios que un día fueron formalmente de México. No por un ocioso patriotismo, sino simplemente por el hecho de que la historia del actual sudoeste estadounidense estuvo emparentada durante tres siglos con la de los espacios norteños mexicanos. Bien entendida, la historia regional mexicana no puede dejar de considerar el peso económico y social de aquel México perdido, para comprender la propia dinámica regional en tiempos coloniales y de la primera mitad del siglo.

Un resultado ilustrativo del enfoque que se ha dado en Estados Unidos a los estados del sudoeste es la obra de David A. Weber relativa al periodo 1821 a 1846.<sup>2</sup> A partir de una bibliografía impresionan-

te de estudios regionales, monográficos y locales escritos principalmente por historiadores norteamericanos, Weber hace un espléndido resumen de los principales problemas a que se enfrentaron los territorios de Texas, Nuevo México, Arizona y California. Desde luego, siendo una síntesis de las preocupaciones de los académicos estadounidenses, obligadamente el enfoque que prevalece es el del sentido que aquellos territorios tuvieron para la historia norteamericana y el hilo de la explicación está dado por el avance de los pioneros comerciantes y colonos hacia el oeste y el modo como efectivamente se fueron apropiando de aquellos territorios. Desde un punto de vista meramente metodológico se podría discutir con Weber su pretensión de darle al texto un enfoque regional y "mexicano", entendiendo por ello que se propone tomar esta amplia zona como un todo y considerar que se trataba de parte del territorio nacional. Al escoger como límite geográfico para su obra la actual frontera entre ambos países, deja de lado un hecho fundamental: esos territorios estaban prácticamente aislados unos de otros; casi no había comunicación horizontal. Las relaciones comerciales y sociales se habían establecido de manera vertical: Texas con Nuevo León y Coahuila; Nuevo México con Chihuahua y Durango; California por tierra con Sonora y por mar con el litoral del Pacífico. Ahora bien, desde un punto de vista meramente práctico, un resumen de las mismas características que el intentado por Weber, que incluyera los espacios nortños mexicanos para resolver este problema de enfoque resultaba imposible, toda vez que la bibliografía histórica del norte de México es, por su volumen y profundidad, incomparable con la escrita sobre los estados fronterizos norteamericanos. Por tanto, este apunte no es ni siquiera una crítica al planteamiento metodológico de Weber, sino sólo un señalamiento de las notables diferencias entre lo escrito sobre el pasado fronterizo en ambos países y de las consecuencias obligadas que ello tiene en el modo como se interpreta el pasado regional.

Pero, como dijimos antes, las cosas tienden a cambiar en las últimas décadas, no nada más por la mayor atención o voluntad de los estudiosos del pasado mexicano y estadounidense, sino principalmente porque cada día se sienten con mayor fuerza las consecuencias de la venganza de Moctezuma. Aunado a la creciente migración mexicana hacia Estados Unidos, se pueden apreciar cambios irreversibles en la cultura y el medio político de aquel país. El aumento proporcional notable de la población de origen latinoamericano nos habla de obligadas modificaciones en el modo en que se concibe a sí misma aquella nación y, por tanto, en sus valores y la manera de entender el pasado. Quiérase o no, se ha transitado desde una concepción que privilegiaba el ensanchamiento del dominio territorial con base en la población anglosajona, hasta una idea pluriétnica de la composición y de la historia, más acorde con el mosaico racial y cultural que ha conformado a ese país.<sup>3</sup> En efecto, los movimientos de reivindicación negros, indígenas, chicanos y de otras minorías han forzado a la reescritura de muchos pasajes de la historia norteamericana y a la aparición de enfoques críticos desde distintas perspectivas. Claramente han ganado terreno los historiadores latinos o de origen latino que se ocupan de recuperar la experiencia de los nú-

*El aumento proporcional notable de la población de origen latinoamericano nos habla de obligadas modificaciones en el modo en que se concibe a sí misma aquella nación y, por tanto, en sus valores y la manera de entender el pasado.*



*Se ha fomentado el intercambio académico entre historiadores en ambos lados de la frontera y se ha posibilitado la cooperación. De este intercambio pueden esperarse grandes cosas: una ampliación del horizonte bibliográfico y de reflexión de los historiadores del norte mexicano; una reanimación del interés por la historia local y de las relaciones fronterizas en las universidades del sudoeste norteamericano, por ahora un poco apagada.*

cleos sociales hispanoparlantes dentro de Estados Unidos y de ordenar el pasado de esas regiones que algún día fueron mexicanas.

Paralelamente, en México el avance paulatino de un cierto modelo de desarrollo que a jalones y estirones ha dado mayor autonomía a las regiones y estados, ha permitido también que en el norte arraiguen algunos proyectos culturales importantes. En esas últimas décadas ha crecido sensiblemente el interés por la historia del norte y de nuestra frontera, se ha incrementado el número de académicos dedicados al tema y se han consolidado esfuerzos institucionales que los mantienen y alientan. Sobre todo se ha publicado mucho más sobre el norte y se acrecienta el interés al respecto.

De manera natural, las universidades más sólidas y antiguas del sudoeste norteamericano han atraído a sus repositorios bibliográficos y a sus posgrados a los estudiosos del norte mexicano. Ahí se ha fomentado el intercambio académico entre historiadores en ambos lados de la frontera y se ha posibilitado la cooperación. De este intercambio pueden esperarse grandes cosas: una ampliación del horizonte bibliográfico y de reflexión de los historiadores del norte mexicano; una reanimación del interés por la historia local y de las relaciones fronterizas en las universidades del sudoeste norteamericano, por ahora un poco apagada. Se trata de una reconsideración del pasado de todo aquel territorio perdido desde una perspectiva verdaderamente integrada a los espacios mexicanos.

Ello no es sólo una reivindicación, sino una necesidad para entender la dinámica propia de los acontecimientos históricos a ambos lados de la actual frontera. En particular, así lo exige el trabajo de fuentes documentales. Durante todo el régimen colonial, aun en los momentos en que las provincias internas gozaron de autonomía formal del virreinato, los archivos destacan a las autoridades de la Nueva España como actores principales. La información fluía desde aquellos lejanos territorios hacia los centros administrativos y comerciales de cada provincia y de ahí a la ciudad de México. Ello siguió siendo así en las décadas posteriores a la Declaración de Independencia. Esa orientación de la documentación no sólo reproduce una dependencia política y administrativa, sino que en buena medida representa el sentido de los circuitos de comercio, de las formas de organización productiva y de otras áreas de la vida regional. Así, por ejemplo, los presidios y misiones eran instituciones de resguardo y control territorial, principalmente por la amenaza de los indios bravos del norte, mismos que sólo se explican en la dinámica de la protección de los intereses comerciales y productivos orientados a resolver necesidades planteadas desde la región central mexicana. Es en este sentido que la documentación oficial y religiosa a partir de la cual se puede pensar el pasado tiene una orientación novohispana y mexicana. Todos los colonialistas norteamericanos han sido conscientes y se han adaptado a esa realidad documental, pero no tanto así quienes se ocupan del siglo XIX. A medida que se comienza a advertir la presencia de aventureros y comerciantes aislados norteamericanos por Texas y Nuevo México, se ha destacado el estudio de sus avances y conquistas, como si ello fuera el elemento explicativo fundamental de aquella región. Quienes hemos tenido la oportunidad de trabajar los documentos de ese



tiempo, hemos podido apreciar que para las primeras dos y media décadas del siglo XIX esa presencia es un elemento creciente, pero secundario. En el segundo lustro de los años veinte, cuando la población anglosajona ya amenazaba en Texas la integridad territorial mexicana, y aun en tiempos en que sus instituciones de gobierno agonizaban, todavía se conservó la orientación y temática de la documentación emitida. Así, aunque se ha hecho mucho en la recuperación del pasado de los territorios que perdió México en el siglo XIX, la continuación de ese esfuerzo exige una relectura de las fuentes que considere el sentido, la propuesta y límites emanados de la documentación misma. Descubriremos ahí sujetos y temas nuevos y nos acercaremos mejor a un entendimiento integral de la dinámica regional fronteriza, tanto la de acá como la de allá.

## Notas

<sup>1</sup> Una muy interesante evaluación de la producción histórica sobre los estados fronterizos mexicanos fue realizada recientemente por David Piñera Ramírez, *Historiografía de la frontera norte de México. Balance y metas de investigación*, Tijuana, Universidad Autónoma de Baja California/Universidad Autónoma de Nuevo León, 1990.

<sup>2</sup> David A. Weber, *La frontera norte de México, 1821-1846. El sudoeste norteamericano en su época mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

<sup>3</sup> Véase Ronald Takaki, *A Different Mirror. A History of Multicultural America*, Boston, Little, Brown and Co., 1993.



